

# Isabel

Ma. de Lourdes Salmones M.

*A mi abuela, con profundo respeto y agradecimiento*

**M**urió a los 83 años y siempre afirmó que la vida no le debía nada.

Fue la única hija en una familia de cuatro hermanos y su vida transcurrió casi de la mano con el siglo.

A los cuatro años, justo con el inicio de la Revolución, supo lo que significaba vivir un proceso como ése, porque tuvo que aprender entre otras cosas, a esconderse en los sótanos de la hacienda donde su padre trabajaba como administrador, de los revolucionarios y de quienes amparados en el movimiento se dedicaban al robo y a otros delitos. Y aprendió también, que aunque en ese tiempo las actividades de los hombres y las mujeres estaban claramente diferenciadas, había ocasiones en las que las reglas del juego se modificaban: su padre se unió al movimiento y dejó el hogar para ir en busca de un ideal; su madre, mientras tanto, se hizo cargo de la familia y actuó, como ella decía: "de padre y madre a la vez" con todo lo que ello implicaba, es decir, asumiendo tanto el rol de proveedora de los ingresos familiares como el de transmisora y conservadora de los valores culturales que mantenían la unión de su descendencia.

Creo que fue entonces cuando comenzó a construir su integridad y fortaleza...

A los catorce años se casó con un capitán de un barco, porque ella así lo quiso. Contrariamente a lo que en términos generales ocurría en aquel tiempo, nadie le impuso ese matrimonio; simplemente el hombre, muchos años mayor que ella, la deslumbró, ella a él y decidieron unir sus vidas.

Después, el murió, y ella, con una hija, siguió adelante con el compromiso de sobrevivir, superarse y proporcionarle un digno futuro a la niña. Compromiso que cumplió cabalmente.

Diez años más tarde volvió a encontrar un hombre, esta vez médico militar, y nuevamente decidió su vida: se casó con él y procrearon tres niñas más. Sin embargo, esta relación tampoco fue muy duradera porque él traicionó su confianza y ella no quiso volver a creerle.

Desde ese momento asumió la realidad que le tocó vivir y le hizo frente, más que con resignación, con una iniciativa envidiable. Estudió y logró convertirse en enfermera, actividad que le permitió no sólo mantener a su familia, ayudar económicamente a su madre y a sus hermanos, sino sobre todo, reafirmar su fe en sí misma.

Así transcurrió su vida durante muchos años, años en los que tuvo que hacer frente a una situación poco favorable para ella: era una mujer joven -de menos de tres décadas-, con cuatro hijas y "sin un hombre -aunque fuera un niño, pero hombre al fin y al cabo- que la hiciera respetar". Porque en ese momento, mucho más que ahora, una mujer sin "un respaldo masculino" difícilmente podía trascender su papel históricamente determinado. Sin embargo, ella logró hacerlo...

Por mucho tiempo, vivió sola con sus hijas hasta que de nuevo, y esta vez hasta el fin de sus días, formó una pareja con el hombre que creo yo -porque así me lo hizo sentir con sus actitudes y conceptos-, fue a quien más amó.

Sin embargo, ni el amor que le profesaba ni el constante y evidente respeto de él hacia sus hijas le hizo de ningún modo, perder el control sobre su vida y sobre lo que de ella quería hacer. De acuerdo a sus concepciones, siguió estableciendo el camino que a partir de ese momento habría de seguir. Se mantuvo al lado de aquél hombre determinando que no sería el sustituto del padre de sus hijas y que tampoco procrearía más descendientes con él.

Durante su madurez, continuó trabajando y reafirmando su independencia moral y económica, lo cual no le impidió consolidar su indisoluble unión con él, fundamentada esencialmente en el amor y el respeto mutuos.

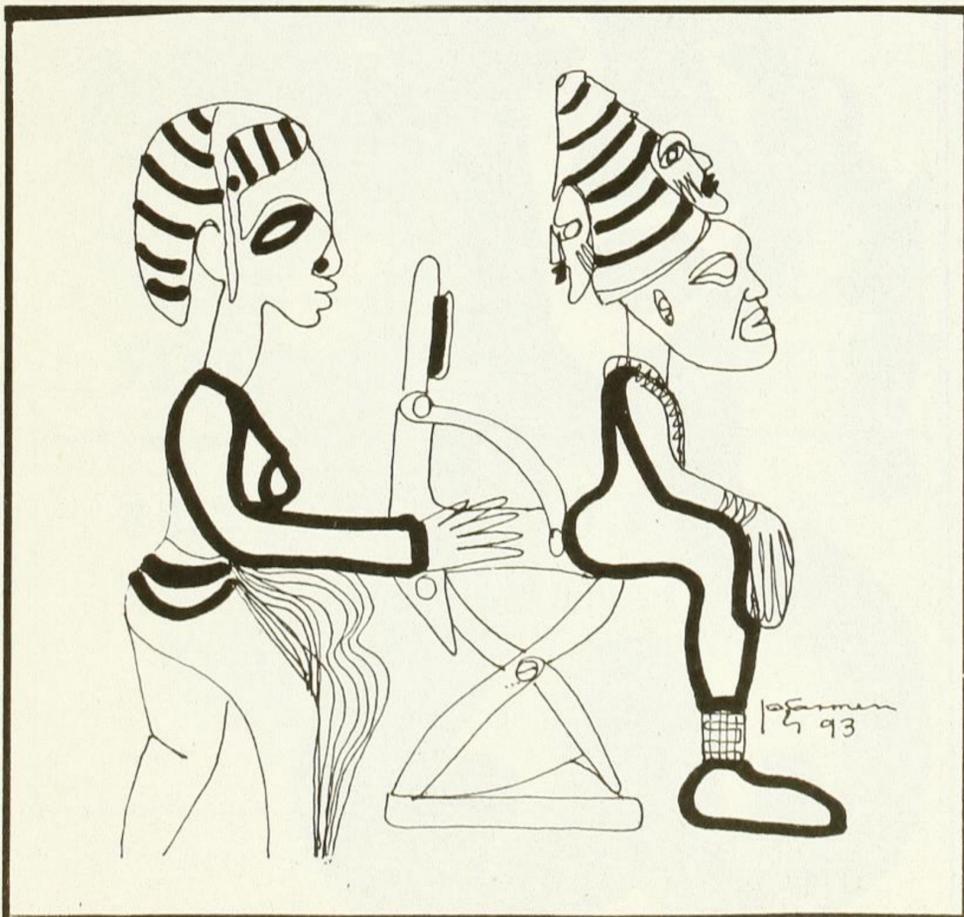
Y al llegar a la vejez, cuando sus hijas ya habían decidido su vida, ella mantuvo su firmeza para determinar su futuro, tan largo o corto como "Dios quisiera".

Vivió donde quiso y con quien quiso vivir. Comió y dejó de saborear lo que ella decidió. Se relacionó y dejó de frecuentar a quien quiso.

Casi me atrevería a decir que murió donde deseaba y en el momento en que ella lo determinó, porque poco tiempo antes de que esto ocurriera, me dijo: "yo creo que ya está bien que me muera, porque ya he vivido lo que tenía que vivir".

Y yo agregaría que había vivido lo que quería vivir.

Después de todo, por algo "la vida no le debía nada".



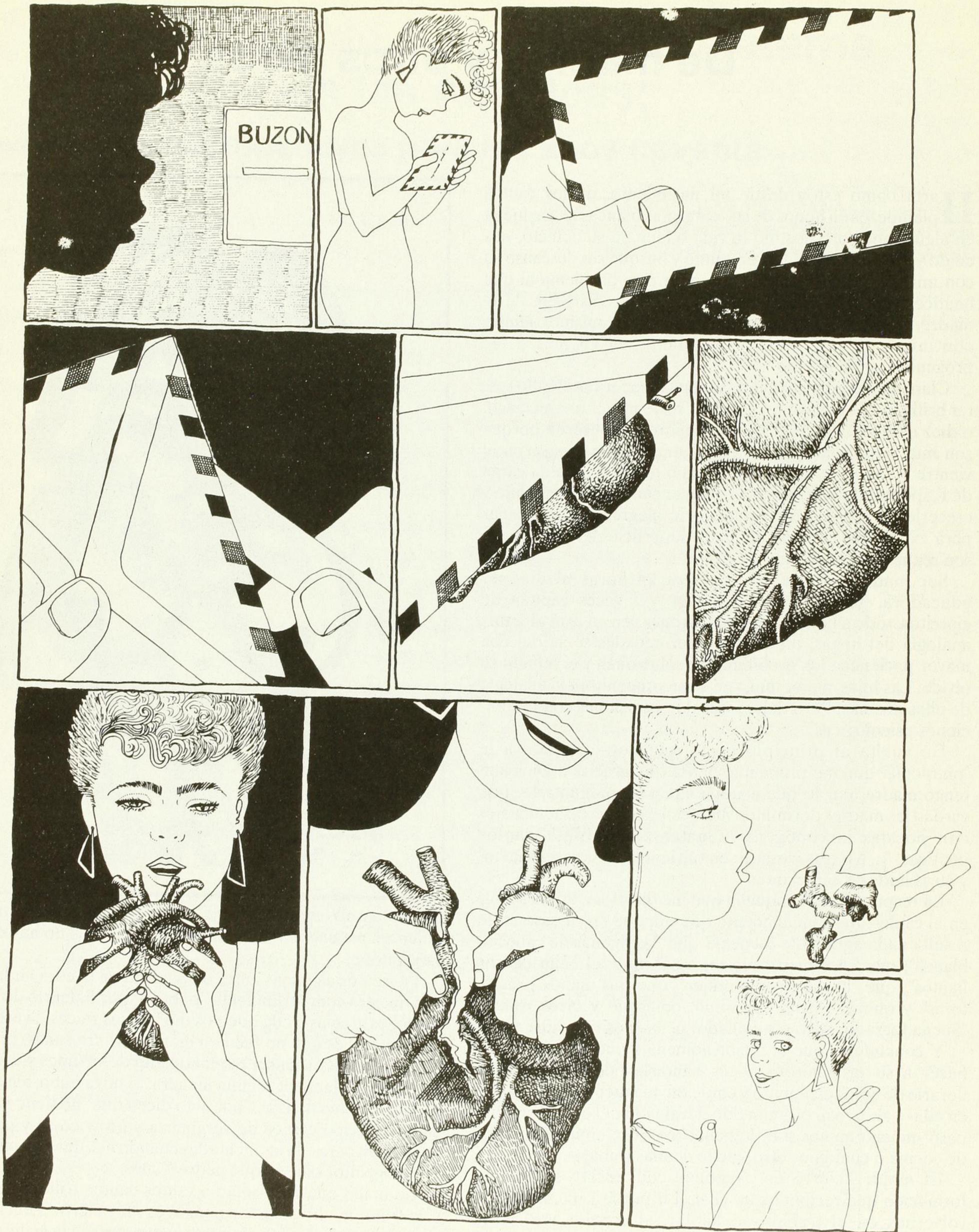


Ilustración: Ana Luisa Barreto